



# Intimidad

Luis Cencillo S. I.

## I. INTIMIDAD

**G**rave es el momento en que un hombre inmerso en mundanidad se experimenta acuciado seriamente por la idea de un posible *Tú* irrenunciable ante quien responder de una historia compleja. O aquel otro en que un hombre, tenido socialmente por creyente, cae en la cuenta de que su idea de Dios había venido siendo una abstracción inoperante.

En épocas pasadas sólo cabía la tortura infidente por un dogma particular. Hoy el problema adquiere un carácter más totalitario. Toda obnubilación en un dogma particular desemboca en el problema de la existencia de un Dios personal, revelante y redentor.

### Iluminación oscura

No siempre este trance presenta todas las características que vamos a examinar, ni con igual intensidad.

# Sociología del

Generalmente se insinúa como una radiación inquietante y dolorosa que embiste, en momentos discontinuos y distantes, el fondo mismo de la conciencia, en lo más substancial e íntimo del Yo.

Por paradoja hacen estas embestidas el efecto de una iluminación *oscura* y huidiza. Iluminación porque descubre lo insostenible de una situación vital con una evidencia clamorosa. Oscura porque la conciencia misma por su indisposición para todo lo que venga de Dios, se turba, se disloca, trata de cegar-se instintivamente, le parece más nocturno todavía su estado, ve que hay que hacer algo, pero no ve procedimiento ni derrotero para comenzar a hacer.

### Silencios

En otros sujetos no reviste este trance aspecto visual, sino auditivo. Es el silencio hondo, metafísico, de la soledad psicológica, lo que suscita el problema «Dios» en una conciencia que había prescindido definitivamente de Él. Después de un día de intenso tráfico, después de una fiesta de familia o de un viaje (en la soledad impersonal y ajena de un cuarto de hotel), después de una noche divertida (con su resaca de toxinas en ojos y fauces), en el frío sutil e intacto de la madrugada, entonces se hace un silencio íntimo y hasta allí insospechado, parece que nos hemos quedado solos con nosotros mismos y que el otro «Yo» nos interroga sobre *El Problema*. Y nos sorprendemos de que no lo dé ya por resuelto y de que no se acalle con las razones que nerviosamente le oponemos...

### La Impunidad

Alguna vez esta interrogante se nos hace concreta y terebrante, en el vórtice mismo de una acción apasionada y violenta, cuando vamos a decidir de la vida o de la fortuna de un hombre o del honor de una mujer. Es un

Tal problema en España no se ha planteado *sociológicamente*, sino en la intimidad de las individualidades. Fuera de España hay que atender principalmente a sectores de pensamiento. Y no sectores de opinión cívica sino filosófica, pues en este nivel se muestran en toda su pureza elemental corrientes y actitudes que no tardan en hacerse patrimonio popular.

Nos referimos exclusivamente a individuos y sectores para quienes *Dios* es un *problema*. Pero hemos descargado nuestro estudio de citas y de nombres pues sólo atendemos a las trayectorias.

relámpago que pasa: «Y esto, ¿impunemente?»

Aun en la conciencia de un ateo formado desde siempre en su ateísmo —hay testimonios rusos...— no deja de suscitarse: «¿es posible que esto pueda hacerse impunemente?» La impunidad absoluta, irrevocable, segura, es un mito demasiado fantástico para poder fundar una conducta y apaciguar definitivamente una conciencia: «Sé que *Nada* hay, pero ¿es posible que yo no tenga que *responder* de esto?» (¿ante *Quién?*) en último caso: «ante *alguien* que sea meramente posible», haber contraído una responsabilidad *objetiva*, haya o no sujeto capaz de exigir-mela, es algo demasiado arriesgado... Y entonces la interrogante de siempre: «Pero ¿es *seguro, seguro* que no haya Nadie capaz de exigirnosla?»... (1).

(1) Confidencias inéditas de evadidos.

# problema **Dios**

## La Banalidad

Hasta ahora se trataba de circunstancias de excepción. No es preciso tanto. La problemática de Dios se filtra a través de la compacta madeja de las nada cotidianas: cuando superados los treinta de edad, ya han cedido el paso los ideales erectos de la juventud a las pequeñas satisfacciones domésticas y sociales, y en medio de ellas se nos hace de pronto escandalosamente patente —también como un relámpago— la vaciedad de nuestro estatuto existencial y la vida nos aparece indigna de vivirse, sin contenido suficiente, y hay un estremecimiento imperceptible aun para nosotros mismos y se hace como un desgarrón insinuado en el telón sensorial que nos ocultaba *El Problema*...

## La Sombra de Dios

Y en nosotros se levantan reacciones espontáneas en contra del *Problema*. Se lucha en primer lugar con el concepto rutinario y formulístico que se nos había dado de «Dios» como con una pantalla densa tras la que el mismo Dios se oculta. La Sombra de Dios y no Dios mismo.

Son muchos los hombres de hondura mental pero sin el suficiente sentido del misterio, que ante un Dios plasmado en alegoría de sabor inmanente, han sentido rebelarse todo su intelecto, presintiendo la *trascendencia*, la inasequibilidad radical, la *analogía* —jamás univocable— del concepto de Dios, aunque este mismo Dios sea físicamente más íntimo en nosotros que nuestra intimidad misma. Ignoraban que *Éste* y no el «otro» era el Dios de la Teología Católica, hecho asequible en *Jesucristo*, mas no por su cercanía metafísica, sino por la Revelación y el vehículo de la *Gracia* y los sacramentos que nos han abierto un inesperado acceso sobrenatural a Él, en nuestra intimidad física y a pesar de su infinita trascendencia ontológica (es triste ¿verdad? y es que algunos educadores no prevén que pasada la instrucción escolar, esos muchachos van a dar por terminada su formación religiosa y su concepto de Dios no va a progresar al ritmo de la edad, sino que toda su mentalidad

católica va a tenerse que contentar con las *alegorías* que aprendieron en la infancia).

## Fe emotiva

No hay que descargar toda la culpa en los educadores. De nuestra parte también hemos deformado el concepto mismo de asentimiento de fe. No hacemos diferencia entre *experiencia* y *evidencia* intelectual. Para emitir un acto de fe exigimos un *sentimiento impulsivo*. No entender, sino sentir, tener una *vivencia* teológica, experimentar a Dios como inmanente (es lo contrario justamente de lo anterior). La fe ha dejado de ser un *rationabile obsequium* para convertirse en una *emoción*: exactamente una fe modernista o luterana, pero en modo alguno católica.

Y no. Es posible que Dios ayude con una disposición afectiva congruente, pero esto no es la fe. La fe puede ejercitarse en un estado síquico enteramente neutro y frío y hasta reluctante... Basta con querer emitir el acto de fe.

## Tacto espiritual

Esta exigencia arbitraria del acceso emotivo a la fe, se complica al hallarse la afectividad del hombre inhibido de Dios intensamente indispuesta para *simpatizar* — en su sentido primario — con las cosas de Dios. Es cuestión de *tacto* espiritual; algo así como si el espíritu penetrase en una zona climática adversa, cargada por ejemplo de electricidad, y hasta el último detalle de este nuevo mundo ofendiera y repeliese lo más sensible de su afectividad.

Es ello una realidad misteriosa pero que se impone: los espíritus tienen su tacto y su gusto y se atraen o se repelen según se hayan desarrollado bajo uno u otro signo.

Pero además un hombre inhibido de Dios se habrá ido endureciendo en la lucha por la vida y como el Evangelio se halla impregnado de esa blandura de alma, misericordiosamente permeable a todo lo que sea sencillo, íntimo, desinteresado, y las expresiones culturales e iconográficas (estas últimas con más o menos genio artístico), se hallan inspiradas por esta ingenuidad afectiva, es in-

evitable que un hombre en trance de dar su respuesta al problema «Dios» haya de vencer una inmensa resistencia por parte de la inercia afectiva de su tacto espiritual.

### Exclusión metafísica

Finalmente, de parte del elemento estrictamente mental (ya no afectivo) se intenta otro refugio desesperado ante la sollicitación trascendente: (es todo el hombre —voluntad, afectividad, mente, memoria, con sus recuerdos en tropel y morosos de todo lo agradable (más que de lo orgiástico) vivido bajo el signo de la inhibición religiosa—, lo que se pone en pie para impedir la opción...

En este solemne momento de la opción religiosa se vuelve el hombre un tremendo racionalista que sólo ha de darse por satisfecho ante certezas absolutamente metafísicas, fundadas en el puro principio de contradicción con exclusión evidente de la posibilidad contraria. Basta que se insinúe como remotamente posible (con un «y si...» introductorio) algo distinto de lo que la Fe enseña para que se nos hiele la respuesta en la voluntad perpleja. Incluso el principio de contradicción y de causalidad se nos problematizan al ver estribar en ellos la prueba de la existencia de Dios.

Perdemos sensibilidad filosófica y se nos hipertrofia la sensibilidad *matemática*. Incluso el libre orden de la Providencia: Encarnación, Sacramentos, Iglesia, Maternidad humana de María... —María Madre providente de *cada* hombre— nos tranquilizaría entonces verlo demostrado en un teorema inconcuso. Pero las cosas humanas y sobrenaturales no siguen ese procedimiento.

## II. SOCIOLOGÍA

En la actualidad las corrientes filosóficas no confesionales se orientan en las siguientes direcciones acerca del problema «Dios».

La Filosofía en la hora presente ha alcanzado su *Pleroma* cultural. Ha logrado hacerse omnicompreensiva de todas las manifestaciones del espíritu humano y posee el criterio universalmente seguido de no excluir *a priori* ninguna constelación de valor de su horizon-

te posible, de no restringir en nombre de ningún prejuicio metodológico su cantera fontal de experiencias fenomenológicas. Profesar por principio la eliminación del ámbito de lo filosófico de algunos de estos aspectos (siquiera fuera el religioso o incluso el cristiano) sería restringir la Filosofía al Racionalismo clásico y esto hoy ningún pensador serio y *ambientalmente* sensible se atreve a hacerlo. Sería reducir la Filosofía a una especie de zona neutra con respecto a todo lo que apasiona a la conciencia actual. Y no, afortunadamente la Filosofía confunde su zona de demarcación con la esfera de inquietudes de la Cultura.

Mas toda esta conciencia actual en su contenido total posee un irresistible potencial interrogante, potencial que llega a poner al filósofo en el dilema de renunciar a la Filosofía misma o de afrontar una respuesta —la que sea— a este interrogante que se halla a la vez *ante* él y *en* él, pues cuanto más se le enfrenta, más se percibe que le es íntimamente vital: «Dios».

### Asepsia religiosa

La Filosofía ha perdido ya todo sistema novecentista y burgués de dispositivos asépticos e inhibitorios de lo religioso en un prurito de neutralidad, superado precisamente por los mismos enemigos de toda Religión, que han venido a combatirla con sus mismas armas, a base de una fe, una mística y un principio de autoridad.

Mas no sólo la Filosofía marxista, sino toda la Filosofía actual (exceptuados algunos sectores agnósticos de que nos ocuparemos) se ve trascendida de un soplo de inquietud mística en cualquier forma que se la conciba (oriental, bantú, chamánica, marxista, cristiana o simplemente el *pathos* del Misterio reconocido en la estructura del cosmos) y aunque esta inquietud esté con frecuencia enervada por un franco irenismo religioso, la parsimonia filosofica se ha hecho por fin inactual. Aun las fórmulas que se presentan como agnósticas no mantienen esa apariencia sino a base de ilusión y artificio.

La separación absoluta entre Filosofía y Religión es herencia anticuada del XIX (que

ya va quedando bastante atrás) y los aspectos más actuales de la Filosofía han mostrado como insostenible tal posición: la Filosofía descendió ya en el primer cuarto de siglo XX del ideal aséptico y apriorístico del XIX kantiano a la cosa misma, a la vivencia profundamente humana captada en toda su riqueza vital (*zu den Sachen selbst* — ¡a las cosas mismas!— fue el grito de Husserl). Descartes había comenzado el período racionalista con una preparación artificial de la vivencia original del filósofo y se movió siempre, él y sus seguidores, en un ambiente cerrado de pura abstracción de gabinete. La Fenomenología ha reconquistado el contacto con la realidad humana integral: el Yo se nos da vivido en la *dialéctica* (tensión) con un tú, en un quehacer intersubjetivo tras el que suele insinuarse un *Tú* trascendente...

Ni siquiera la ciencia positiva actual logra inhibirse de ello, cesado aquel conato de asepsia intelectualista del que hizo en el XIX una deontología: se desarrollan teorías epistemológicas en las que juegan papel importante factores *arracionales* — que trascienden la Matemática...— y los científicos contemporáneos (en particular los que se relacionan con el materialismo dialéctico) repudian el puro y neutro *objetivismo* científico...

Otro síntoma es también típico: la revalorización por parte de pensadores occidentales de místicas exóticas (tal vez porque el jugo místico del Cristianismo había quedado oculto para algunos ambientes seculares bajo un funcionalismo espiritual, y han creído deber ir a buscarlo en otra parte...), porque la evolución filosófica ha descubierto en el pensamiento occidental moderno elementos análogos a los del pensamiento de los primitivos; y poniendo en evidencia la solidaridad orgánica de éstos con los elementos más racionalistas, al parecer, del pensamiento occidental, se ha privado del derecho a repudiarlos en nombre de éstos.

### Terminologías

Los autores agnósticos se diferencian de los que conservan alguna creencia, en que hacen un uso alegórico de la terminología teológica cada vez más frecuente, mientras

que los segundos ponen un cuidado escrupuloso en abstenerse del uso filosófico del nombre mismo «Dios». Los agnósticos en cambio emplean con desenfado las ideas de Dios, Angeles, Satán, Gracia, Sacramento... por hallarse precisamente inmunes de toda sospecha de creencia y siempre acompañándolo de un guiño de ojos adjetival (André Gide por ejemplo: *le bon Dieu*). Dios es para ellos un puro mito pragmático en medio de su ataraxia religiosa. Y en algún caso puede suponer una mayor profundización en la realidad del mundo al recoger por ejemplo el sentimiento de lo *satánico*.

Los filósofos no agnósticos pero que pretenden mantenerse aconfesionales, opinan que por pertenecer la cuestión filosófica exclusivamente al hombre en su misma constitución existencial, se vería viciada radicalmente al inmiscuirse la idea de «Dios»; se establece una distinción y un paralelismo riguroso entre lo filosófico y lo religioso de modo que la expresión «Dios», estrictamente religiosa no puede entrar en la terminología filosófica. («Para mí, decía no hace mucho un pensador de este sector, la palabra «Dios» es un *vocativo*»). Cuando llega a hacerse imprescindible el tomar en cuenta la realidad de Dios, suelen velarla discretamente bajo nombres como Trascendencia, Espíritu, Uno, Valor. Incluso algunos autores han llegado a acuñar un concepto de Trascendencia integrada e intimada en el hombre mismo.

Toda esta mentalidad, ya en declive, se encuentra mucho más próxima al XIX que cualquier otro sistema de apertura cultural típica del XX. Aunque también recogen el problema «Dios» (en forma velada) cosa insólita en el XIX, se mueven en la dirección marcada por las premisas kantianas según las cuales «Dios» es una idea extrametafísica.

### Los Agnósticos

Mas la actitud de los verdaderos agnósticos no se halla suficientemente expresada con la frase: «no creo en Dios». Es algo ingenua y define demasiado. Los verdaderos agnósticos son aquellos en los que esta palabra no suscita resonancia alguna religiosa. «Dios» para ellos no se encuentra ni en la

Filosofía ni fuera de ella. A lo sumo es una pura *referencia social*.

Pero las negaciones implicadas por esta indiferencia son más históricas que filosóficas, pues estos problemas, ya lo hemos visto, se han planteado hoy por sí mismos y no existe en toda la Filosofía hoy vigente criterio alguno apto para su exclusión.

Existen sin embargo tres enemigos intrínsecos al filosofar contemporáneo: la pereza mental, la ceguera y la inversión teleológica.

La pereza mental se enmascara de tragedia: el destino del hombre irremisiblemente está abocado a la noche y a la nada... O abandonan grandes sectores el método de la reflexión en la solución de estos problemas por el de una remisión al juicio contingente de los hechos mismos, reduciendo la cuestión a prevenir cuál de las ideologías que trabajan al mundo actual será la prevalente.

La ceguera procede del orgullo de grupo y se traduce en intolerancia inhibitoria de cuanto haya de valioso en el sector contrario.

La inversión teleológica produce la desviación oportunista de los *Mitos de gobierno*: algunos políticos y hombres expertos en el manejo de multitudes consideran el problema de su gobierno como cuestión de cálculo de fuerzas: la enajenación o la conquista de su apoyo según resuelvan las graves aporías humanas conforme a las estilísticas de la religión o del laicismo, de la teología o del humanismo racionalista, de la espiritualidad o del materialismo, inspirando para ello, en consecuencia, sistemas de pensamiento *ad hoc*, al servicio del Estado.

### La opción decisoria

Un producto de la fatiga mental y del irenismo cultural es la vigencia filosófica de la *Opción* como procedimiento de decisión ideológica. De las tres formas históricas de opción, la cartesiana (de carácter pragmático, casi *deus ex machina*), la pascaliana (opción

en forma de apuesta en pro o en contra de la existencia de Dios) y la blondeliana, es ésta última la que se ha sobrevivido en el Existencialismo. Para Blondel la opción encerraba por sí misma valores ontológicos de primer orden: acto de libertad que constituye, incrementa y consolida existencialmente a un sujeto (Blondel además demostraba que este valor aumentaba al realizarse en sentido cristiano la opción, pues se convertía automáticamente en comunión con el Acto Puro).

La opción *filosófica*, en esta mentalidad, no es necesariamente una opción *por* la Filosofía, sino una opción cuyos motivos y cuyo proceso son filosóficos, pero puede ser opción *por* la religión.

### Epilogo

El problema «Dios» ha vuelto a tener vigencia (como hasta hace siglo y medio, desde el arranque mismo del filosofar); se ha vuelto a presentar como una aporía perentoria e insoslayable de todo filosofar sincero y total. Ha caducado la época en que la filosofía enmascarada de ciencia positiva, pretendía fijar mediante una preparación previa y *a priori* su propia demarcación de laboratorio y mantenerse así en una cómoda zona neutra. No, la Filosofía es algo más: un énfasis que imprime un impulso eficaz —según frase de Souriau— reforzando tal o cual de las fuerzas en equilibrio inestable y dotándolas del sombrío claroscuro de una densidad ideológicamente fecunda y paradójicamente estilizada, mediante la cual estilización se hace refleja y consciencialmente asimilable la vivencia confusa de las inmersiones profundas en la dialéctica de *lo real*.

En un estatuto semejante del filosofar, que se enfrenta con el hombre *tal cual es* y no según se había preparado de antemano en una vivisección de gabinete, «Dios» no podía seguir ausente, porque «Dios» sale al paso en las raíces mismas, ontológicas y axiales, del hombre...